

Análisis de eufemismos y disfemismos fúnebres en Twitter durante la covid-19

Carlos Amado Román

Universidad de Extremadura. Facultad de Filosofía y Letras. Departamento de Ciencias de la Antigüedad. Cáceres. España

carlosamadoroman@gmail.com

An analysis of death euphemisms and dysphemisms on Twitter during the covid-19 pandemic

Fecha de recepción: 28.03.2021 / Fecha de aceptación: 11.06.2021
Tonos Digital, 41, 2021 (II)

RESUMEN:

El eufemismo y el disfemismo han sido analizados desde diferentes ópticas. Sin embargo, tales enfoques se caracterizan por ofrecer una visión parcial de estos dos fenómenos, problema que estudios de índole pragmática y cognitiva han intentado subsanar con mayor o menor acierto. El presente trabajo tiene como fin realizar una aproximación teórica al eufemismo y el disfemismo, que se verá acompañado del análisis de un corpus de *tuits* escritos durante la pandemia de covid-19, en el que se estudiará el efecto de los procesos eufemísticos y disfemísticos sobre una realidad interdicta como es la muerte.

Palabras clave: Eufemismo; disfemismo; interdicción lingüística; covid-19; *Twitter*.

ABSTRACT:

Euphemism and dysphemism have been looked at from different perspectives. However, these points of view are characterised by the fact that they provide a limited view of these two phenomena, problem that pragmatic and cognitive studies have tried to remedy with greater or lesser success. The present essay has the purpose of making a theoretical approach to the euphemism and dysphemism, that will be accompanied by the analysis of a corpus of Tweets written during the covid-19 pandemic, where it will be studied the effect of the euphemistic and dysphemistic processes on an interdict reality, such as the death.

Keywords: Euphemism; dysphemism; linguistic interdiction; covid-19; Twitter.

1. INTRODUCCIÓN

Como consecuencia de la pandemia de covid-19 surgida a principios de 2020, el ser humano ha experimentado una profunda transformación en su comportamiento tanto social como lingüístico, hasta el punto de llegar a hablarse de "Nuevo Lenguaje Covídico", "coronalengua" o "lengua COVID". Estas denominaciones, emanadas del ámbito periodístico, atienden sobre todo a la inclusión de nuevos términos como *coronavirus* o *desescalada* al lenguaje cotidiano, que han tenido su eco en la última actualización digital del *DLE*. Sin embargo, las repercusiones lingüísticas de la pandemia no quedan limitadas a un plano léxico, sino que también puede apreciarse a nivel conversacional. Así, la muerte, pese a ser uno de los ámbitos de la realidad que desde siempre más temor y respeto han suscitado, se ha convertido desgraciadamente en uno de los temas predominantes en toda clase de actos comunicativos, ya sean formales o coloquiales.

En estas circunstancias de cambios mundiales, se ha asistido asimismo a una revolución digital a nivel personal y empresarial. Ello se ha visto reflejado en un auge del empleo de redes sociales como *Twitter*, que, en su función de espejo de lo acontecido socialmente, suponen una herramienta de gran utilidad para el análisis de la comunicación lingüística.

Por ello, este trabajo pretende dar cuenta del tratamiento lingüístico que ha recibido en *Twitter* la muerte, entidad que, por su carácter interdicto, obliga a los hablantes a una reformulación mitigadora o acentuadora de lo emitido a través del eufemismo y el disfemismo, respectivamente. El corpus analizado se compone de una selección de *tuits*, escritos desde el 14 de marzo de 2020 hasta el 13 de marzo de 2021, que representan casos ilustrativos de cinco de las asociaciones cognitivas más habituales a la hora de conceptualizar la muerte.

2. MARCO TEÓRICO

2.1 *Tabú y tabú lingüístico*

Desde la más remota antigüedad, la muerte ha ocupado un lugar destacado dentro del amplio abanico de tabúes o realidades que se consideran vitandas por la presión externa de carácter psicológico o social ejercida sobre ellas (Crespo Fernández 2010: 594). La explicación a ese carácter prohibido, por tanto, hallaría su razón de

ser en el ámbito de la antropología y la psicología. Numerosas son las posturas que hay al respecto, pero cabe destacar dos debido al interés suscitado en el momento de su formulación: por un lado, Wundt, sugería que el tabú nació como consecuencia del miedo hacia lo demoníaco, para luego desligarse de la esfera mágico-religiosa y alcanzar así el estatus de poder independiente; por otro, Freud fue un paso más allá y planteó una concepción bifronte del tabú, entendido como una fuerza que despertaba en la psique del hombre primitivo una confrontación entre el miedo hacia lo prohibido y la tentación de transgredirlo (Freud 1970: 30,70).

Tal lucha interna –o “ambivalencia”, en términos freudianos– tendría su correlato en el plano lingüístico, donde el hablante, pese a las interdicciones que recaen sobre una entidad tabuizada como la muerte, siente la necesidad de referirse a ella por prohibida que esté. Ello se debe a la mentalidad del *homo loquens*, quien creía que a través de la palabra podía evocar la realidad, correspondencia biunívoca entre palabra y cosa que ponía en tela de juicio la arbitrariedad del signo lingüístico saussureano (Casas Gómez 1986: 21). Pero, aunque en el imaginario colectivo el tabú y su extensión lingüística se asocien al pasado y a comunidades incivilizadas con una fuerte superstición religiosa, lo cierto es que en las sociedades contemporáneas dichos conceptos se encuentran a la orden del día.

No obstante, sí se puede atisbar un cambio respecto al hombre primitivo, en cuanto que descienden los tabúes mágico-religiosos en favor de interdicciones motivadas por causas afectivo-asociativas como el pudor, la decencia o la delicadeza. En otras palabras, el temor no proviene de la evocación de la realidad a través del término, sino de las connotaciones negativas que origina: he ahí la distinción básica entre tabú y eufemismo (Montero Cartelle 1981: 21-22).

2.2 El eufemismo

Por lo que se refiere a su estudio, el eufemismo ha sido objeto de múltiples definiciones de diversa índole, encuadrables en dos grandes bloques bien diferenciados: definiciones extralingüísticas, que son de orden psicológico y social (Lázaro Carreter, 1974; Nyrop, 1979; Howard, 1986), frente a definiciones propiamente lingüísticas, que parten desde principios estructuralistas (Bruneau, 1952) y nociones de la glosemática hjelmsleviana (Senabre, 1971) hasta llegar a una perspectiva semántica (Alonso Moya, 1988). Precisamente, desde este último enfoque, el semántico, se señalan algunos de los rasgos más destacados del eufemismo (Chamizo Domínguez, Sánchez Benedito 2000: 39-45):

En primer lugar, el eufemismo permite designar conceptos que resultan innombrables con aquellos términos que lo significan literalmente, cualidad que lo acercaría a tropos como la metáfora, la metonimia o la hipérbole.

La ambigüedad, por su parte, supondría una *conditio sine qua non* para que se pueda hablar de eufemismo, es decir, un vocablo se emplea con uso eufemístico cuando mantiene la tensión entre su significado literal y el translaticio que le confiere el hablante en su emisión. Una vez desvanecida dicha tensión, el término con uso eufemístico terminará lexicalizándose y será necesaria la búsqueda de otra voz sustituyente.

Asimismo, el eufemismo se caracteriza por ser insustituible tanto a nivel intralingüístico como interlingüístico. En el primer caso, una voz con uso eufemístico no puede canjearse libremente por otra literal dentro de una determinada lengua, puesto que la preferencia de cada una de ellas ofrece informaciones contextuales completamente distintas. Ello se acentúa, aún más si cabe, con el trasvase de una red conceptual de naturaleza eufemística creada en una lengua a otra en la que carezca de una equivalencia adecuada.

No obstante, tanto las propuestas extralingüísticas como lingüísticas adolecerían del mismo defecto, que no es otro que abarcar el fenómeno eufemístico de una manera parcial. Semejante problema suscitó a partir de la década de los 80 el desarrollo de una nueva vía que pretendía superar las limitaciones de cada uno de estos dos enfoques tradicionales. Así pues, en vez de concebir el eufemismo como un fenómeno psicosocial o puramente lingüístico, se parte de la consideración de que constituye un hecho discursivo o pragmático que responde esencialmente a dos funciones: por una parte, mitigar la carga peyorativa de los términos interdictos y así ahuyentar el temor o respeto que dichos vocablos inspiran; por otra, eludir ciertas palabras que puedan crear un clima de tensión en el ámbito comunicativo o herir la sensibilidad del receptor. De acuerdo con tales funciones, se puede establecer una serie de finalidades perseguidas por el eufemismo, entre las que se encontrarían, por ejemplo, el encubrimiento de lo peyorativo, la acomodación e integración social, la cortesía o la persuasión (Crespo Fernández 2007: 88-91).

Ahora bien, aparte de tales aspectos, la novedad principal que introduce este tercer criterio es la relatividad o inestabilidad en términos espacio-temporales inherente al eufemismo, inestabilidad que se debe a su sujeción a un conjunto de condicionales socioculturales cuya presión sobre el individuo varía en función del

contexto comunicativo. Así lo expresa Casas Gómez (1986: 35-36), que considera el proceso eufemístico como:

la actualización discursiva por parte del hablante de unos sustitutos léxicos –habituales o lexicalizados u ocasionales o creativos– que, a través de un conjunto de recursos lingüísticos y paralingüísticos, permiten, en un contexto y situación pragmática determinada, neutralizar léxicamente el término interdicto.

En otras palabras, el carácter efímero del eufemismo sería consecuencia directa de su naturaleza social, en cuanto que varía de una sociedad a otra e incluso dentro de una misma comunidad. Ello evidentemente tiene sus repercusiones a nivel lingüístico, sobre todo en el sistema léxico-semántico, donde se produce un continuo reajuste de los significados (Montero Cartelle 1981: 270-271). Esa actualización semántica que genera el proceso eufemístico presentaría dos fases. La primera de ellas consistiría simplemente en el reemplazo del término proscrito por un vocablo sustituyente. En cambio, en la segunda dicho sustituto se contagia de las mismas connotaciones peyorativas que la palabra interdicta originaria, experimentando así una polarización hacia el sentido prohibido de esta. Por tanto, termina convirtiéndose en un término con uso disfemístico, lo que obliga a buscar otra voz sustitutiva que terminará sufriendo el mismo proceso de depreciación semántica y así sucesivamente (Casas Gómez 1986: 64-65).

Como consecuencias del cambio semántico propiciado por el eufemismo, cabría mencionar aquellas dos que son más trascendentales: su alcance significativo y su valoración social (Ullmann 1976: 257-266).

Por un lado, el eufemismo se consideraría causa de extensión significativa, pero también podría serlo de restricción. Al restringir su significado una palabra, lógicamente supone una pérdida en términos de extensión, lo que se traduce en un menor número de variantes eufemísticas. No obstante, se producirá un incremento de su intensidad o carga sémica, especializándose de este modo la significación del término en cuestión. Por el contrario, si pierde intensidad, habrá más expresiones mitigadoras debido a la consideración de que un vocablo aplicable a una gran variedad de realidades –las denominadas “palabras ómnibus”– ofrecerá menor información acerca de la entidad a la que alude.

De forma paralela a la dualidad restricción-extensión, se establece en lo que respecta a su valoración social otro diformismo, envilecimiento-ennoblecimiento semántico. El primer elemento de este binomio resulta muy característico del eufemismo, ya que, como se ha podido examinar antes, un vocablo con uso eufemístico termina especializándose y adquiriendo la carga sémica negativa que en

un principio tenía intención de aminorar. El ennoblecimiento semántico, en cambio, sería mucho menos frecuente, pero según desde la perspectiva que se aborde: mientras que, en términos de estratificación social, numerosas voces han pasado a formar parte de la lengua común desde los ámbitos jergales o argóticos y populares, desde un punto de vista semántico apenas habría que términos que presentasen dicho desarrollo meliorativo. Pero ello no quiere decir que, dada la relatividad del eufemismo, en un determinado contexto la preferencia de una expresión popular adquiriera un matiz eufemístico que la ennoblezca (Casas Gómez 1986: 73-75). Así, por ejemplo, los gitanismos *diñarla*, *guillárselas* o *pirárselas*, según Clavería (1951: 159), pertenecieron en su momento al rosario de expresiones eufemísticas empleadas para sustituir a *morir*.

A nivel léxico, podría advertirse otra dialéctica que pone de manifiesto el influjo del proceso eufemístico en el vocabulario de una lengua, el eufemismo como destructor del léxico o como renovador de este (Montero Cartelle 1981: 262-266):

Su acción destructora vendría concedida por esa especie de efecto dominó por el cual el término que reemplaza a la palabra vitanda y sus sustitutos acaba siempre feneciendo por las mismas causas que lo originaron. Sin embargo, a diferencia de las comunidades primitivas en las que existía un fuerte temor motivado por la identificación palabra-cosa, en las sociedades actuales esa desaparición léxica resulta gradual: los términos no se resignan a morir, sino que suelen quedar relegados a los estratos sociales más bajos y vincularse al registro coloquial o vulgar, pasando incluso a formar parte de argots marginales.

Por el contrario, el poder enriquecedor del eufemismo se efectuaría a través de los resortes habituales en la renovación del vocabulario de una lengua (importación, creación o derivación); pero de antemano es arduo determinar que un recurso sea exclusivamente eufemístico o disfemístico, aunque se aprecien ciertas tendencias entre los hablantes.

2.3 El disfemismo

El impacto del disfemismo dentro del ámbito investigador ha sido, en líneas generales, mucho menor que el de su antónimo. En la mayoría de ocasiones su tratamiento ha sido supeditado al del eufemismo, llegando en el mejor de los casos a analizarse a sobrepeine las similitudes y diferencias que mantienen entre sí. Ahora, aunque es cierto que tanto el disfemismo como el eufemismo comparten la búsqueda de evitar la preferencia en un contexto determinado de términos axiológicamente

neutros, la motivación de cada uno de ellos es totalmente distinta: mientras que el primero trata de mitigar el signo interdicto, el disfemismo busca acentuar sus matices más ridículos, groseros o hirientes.

Al no contar con la misma consideración que su opuesto, el proceso disfemístico manifiesta una importante laguna en su definición. Con todo, es posible mencionar algunas propuestas definitorias que podrían catalogarse, del mismo modo que acontecía con el eufemismo, en dos grupos: de nuevo, habría que realizar una distinción entre definiciones que responden a criterios extralingüísticos y aquellas puramente lingüísticas.

Dentro del primer bloque se advierte una cierta propensión a concebir el disfemismo como el envés negativo del eufemismo (da Silva Correia, 1927; Carnoy, 1927), e incluso se le ha llegado a asociar con el registro coloquial y vulgar o a considerarlo un mecanismo al servicio de la comicidad (Lázaro Carreter, 1974), ofreciendo así una imagen del fenómeno disfemístico menos prestigiosa que la de su contrario.

Por otro lado, las propuestas fundamentalmente lingüísticas, mucho más escasas, se centran en sus mecanismos y funciones (Munteano, 1953), o bien se nutren de diversas formulaciones teóricas como el modelo Bühleriano de las funciones del lenguaje o la teoría semántica de Baldinger (Grimes, 1978).

Como acontecía con el eufemismo, cualquiera de estas definiciones desatiende por completo la naturaleza discursiva del fenómeno disfemístico. Sin embargo, autores como Allan y Burridge (1991) sí conceden especial importancia al contexto, y otros como Casas Gómez (1986), además, a los diversos condicionamientos socioculturales y situacionales (clase social, sexo, familiaridad de los interlocutores...) a los que se encuentra sometido el disfemismo. Dentro de este tercer grupo cabría destacar a Crespo Fernández, quien ofrece una definición que da buena cuenta del carácter pragmático de este fenómeno (2007:158):

[El disfemismo] es el proceso que, en un determinado contexto discursivo, refuerza los matices más ofensivos o inaceptables que se establecen entre el tabú y su manifestación lingüística por medio de un acto de habla que, como sustituto disfemístico, actualiza la intención del emisor de ofender o incomodar al receptor.

Por tanto, el disfemismo no se restringe exclusivamente a expresiones malsonantes u obscenas, sino que se extiende a toda manifestación lingüística que haga sentir al interlocutor incómodo, menospreciado o directamente atacado. Se trata, pues, de un fenómeno en el que la intención comunicativa juega un rol clave,

en el sentido de que puede producir dos efectos dentro del plano discursivo, dependiendo de si la agresión verbal se dirige a un receptor o afecta al concepto proscrito. De una forma u otra, el disfemismo adoptará diversas formas ofensivas –insulto, disfemismos interjectivos, designaciones jocosas, etc.– que obedecen a una serie de fines en respuesta a las causas psicosociales propiciadoras del proceso disfemístico (Crespo Fernández 2007: 160-170): ataque verbal, rebeldía social, liberación de tensiones, persuasión, poder social.

Una de las características más significativas del eufemismo era su relatividad. El disfemismo, en cambio, no goza de esa condición efímera, sino que habría que entenderse como el resultado de un acuerdo tácito que los miembros de una comunidad han ido pactando a lo largo de generaciones. Pero, rota esa suerte de consenso social, las expresiones con uso disfemístico se verán desterradas al olvido o quedarán reducidas a formas residuales (Grimes 1978: 19). En este último caso, derivaría en una lexicalización de aquellas voces que originariamente reforzaban las connotaciones peyorativas de una realidad interdicta y que han terminado perdiendo en la conciencia del hablante su sentido ofensivo prístino. Ello derivará en la búsqueda de una nueva lexía que ayude a preservar la carga negativa del concepto proscrito, pero, a causa de su mayor estabilidad espacio-temporal, el disfemismo no presenta en su sustitución la misma vertiginosidad que caracterizaba a su contrario (Crespo Fernández 2007: 176).

De la misma forma, la ambigüedad en la que se sustentaba el eufemismo no se manifiesta con la misma intensidad en el disfemismo, que habitualmente aboga por una mayor explicitud, consiguiendo así que la implicación del receptor en la interpretación del mensaje sea mucho menor que en un caso de indeterminación semántica (Crespo Fernández 2007: 177). Aun con todo, hay veces en las que el disfemismo requiere de un papel más activo por parte del receptor, sobre todo en aquellas expresiones que poseen una función disfemística debido al uso irónico con el que se emplean (Chamizo Domínguez, Sánchez Benedito 2000: 62).

2.4. Relaciones entre el eufemismo, el disfemismo y la metáfora

Dentro de los medios empleados para la formación de eufemismos y disfemismos, la metáfora y la metonimia se erigen como dos de los resortes de mayor productividad, ya que, lejos de concebirse como tropos exclusivamente asociados a la literatura, su ámbito de aplicación resulta mucho más extenso. De hecho, como plantean Lakoff y Johnson (2004: 39), están presentes en la vida cotidiana y no se restringen a lo exclusivamente lingüístico, sino que también abarcan el pensamiento y

la conducta. Se convierten ambos recursos, por tanto, en un “medio de crear, organizar y comprender la realidad” (Crespo Fernández 2014: 41).

Bajo la premisa de que el sistema conceptual humano se encuentra estructurado metafóricamente, los hablantes en la expresión de ciertas ideas o situaciones complejas recurren de manera inconsciente a aquello que les resulta más conocido y, por medio del lenguaje figurado, ya sea metafórico o metonímico, tienden un puente entre dos entidades no sentidas como contiguas en primera instancia.

Según Lakoff (1993: 203), la metáfora se entiende como “a cross-domain mapping in the conceptual system”, es decir, un conjunto de relaciones conceptuales que posibilita la definición y categorización de una entidad en términos de otra realidad más cercana. Por ejemplo, en la conceptualización MORIR ES VIAJAR, la asociación entre tales conceptos viene dada por la proyección que se realiza desde la imagen empleada para la categorización metafórica, el dominio fuente (‘viajar’), al concepto que se pretende metaforizar, el dominio meta (‘muerte’). De este modo, el dominio fuente permite comprender, estructurar y –dependiendo de la intención del hablante– atenuar o reforzar la carga negativa del dominio meta. Pues, a decir verdad, el eufemismo y el disfemismo constituirían casos especiales de metáfora, en el sentido de que no son sino “el uso de un término en sentido translaticio, esto es, conferir a un término, que tiene un significado literal tipificado por el uso de los hablantes, un significado distinto” (Chamizo Domínguez, Sánchez Benedito 2000: 37).

La conceptualización metafórica, al igual que otros fenómenos como el tabú, tendría su eco en el plano lingüístico. No obstante, en este caso el lenguaje queda relegado a una posición subsidiaria con respecto a la proyección mental, distinguiéndose así dos niveles dentro de la metáfora: mientras que la metáfora conceptual comprendería las proyecciones mentales que adoptan la forma DOMINIO FUENTE/DOMINIO META, la metáfora lingüística supondría la realización superficial de las metáforas conceptuales. Así, por retomar el ejemplo anterior, la conceptualización MORIR ES VIAJAR daría pie a metáforas lingüísticas del tipo *despedirse de este mundo* o *irse al carajo*, expresiones eufemísticas o disfemísticas de una misma metáfora que opera a nivel conceptual.

La metonimia, por su parte, también desempeña un papel relevante desde un punto de vista cognitivo, pues interactúa con la metáfora en la conceptualización de entidades abstractas. En un principio se diferenciaría de esta en el número de dominios implicados en el proceso de conceptualización –uno frente a dos– y en la relación establecida entre estos, de contigüidad y semejanza, respectivamente. No

obstante, este criterio no permite registrar en la práctica determinados aspectos semánticos de muchas expresiones figuradas tanto por la imprecisión que rodea al concepto de dominio como por los límites borrosos de la distinción entre contigüidad y semejanza. En este sentido, es muy común advertir una interacción metonimia-metáfora, lo que supone todo un reto a la hora de catalogar expresiones como puramente metonímicas o metafóricas (Crespo Fernández 2014: 46-47).

3. EL LENGUAJE FÚNEBRE EN TWITTER EN EL MARCO DE LA COVID-19

En un corpus como el que se procede a analizar, el lenguaje figurado, bien metafórico, bien metonímico, se emplea para sustituir eufemística y disfemísticamente las expresiones pertenecientes a la esfera interdicta de lo fúnebre: en este caso concreto, únicamente se recopilarán las formas que indiquen 'morir'. Según la manera en que la muerte se conceptualice a través de las diversas asociaciones mentales, se podrá inferir la forma en que el ser humano concibe y afronta el final de sus días. Trasladado esto al plano lingüístico, permitirá categorizar las sustituciones eufemísticas o disfemísticas según las redes conceptuales a las que se adscriben los distintos términos con función atenuadora o intensificadora. Concretamente, pueden distinguirse las siguientes redes conceptuales, que a, su vez, comprenden diferentes metáforas y metonimias conceptuales:

- a) MORIR ES DESCANSAR
- b) MORIR ES VIAJAR
- c) MORIR ES EXPERIMENTAR UNA REACCIÓN CORPORAL
- d) MORIR ES DEJAR DE REALIZAR ALGUNA ACTIVIDAD
- e) MORIR ES APAGARSE UNA LUZ

3.1 *Morir es descansar*

La asociación cognitiva entre el descanso y la muerte, que hunde sus raíces en la Antigüedad grecolatina, se basa en el mundo cristiano en la noción de descanso como el paso que precede a la resurrección. Tal idea cumple una función atenuante en cuanto que sirve de consuelo a los familiares ante la pérdida de un ser querido y ayuda a disminuir el temor a la muerte, considerada un gozne entre la vida terrenal y la eternidad (Crespo Fernández 2014: 68-69). Sin embargo, en ocasiones esa visión transitoria del hecho fúnebre, que en última instancia supone su negación, se ve reemplazada por una concepción de la muerte en mayor consonancia con el ideario

cristiano tradicional, entendida como descanso eterno o recompensa a todos los trabajos sufridos durante su vida mundana.

Independientemente del carácter temporal o perpetuo de la muerte, su conceptualización metafórica en términos de descanso hace que no sea extraño hallar vocablos del tipo *reposar* o *descansar* con uso eufemístico:

(1) Durante el COVID-19 se han desatendido de todas las demás enfermedades [...] A mi abuela la dejaron desasistida y ahora reposa en el cementerio...

1312689503518314497¹ (4.10.2020)

(2) En tiempos de covid hoy nos pudimos dar un abrazo, mi abuela ya descansa. Día triste pero de mucho amor.

1254263041060937731 (26.4.2020)

Ambos términos a veces se encuentran matizados con expresiones pertenecientes al ámbito cristiano (*en paz, en (el regazo/ los brazos de) el Señor*), que refuerzan el componente espiritual del descanso y, asimismo, hacen que tales metáforas se subsuman dentro de una de las metáforas primarias más fecundas, LOS ESTADOS SON LUGARES (Lakoff 1993: 220):

(3) No supero que otro tío acaba de fallecer por covid. Descansa en paz tío

1366993264876863490 (3.3.2021)

(4) El covid se empezó a llevar a mi familia, Descansa en el señor prima

1306203810508025856 (16.9.2020)

Junto a tales formas, otra de las voces más frecuentes para sustituir figuradamente al verbo *morir* sería *yacer* debido a la coincidencia de postura que mantienen el fallecido y el durmiente. En esta misma línea se encontraría *dormir* que, además de poder presentar las mismas variantes que *reposar* o *descansar*, admite el acompañamiento de la forma bíblica *el sueño de los justos* y otras de índole temporal como *eternamente/para siempre/para la posteridad*:

(5) Aquí yace ***, murió de covid porque su nieto fue a una fiesta clandestina

1328346106028290050 (16.11.2020)

(6) Fallece el Dr. *** [...] Descansa en paz. Duerme para la posteridad...

1369414941564928007 (9.3.2021)

¹ ID del tuit. Aplíquese en el resto de ejemplos del corpus.

Ahora bien, en todas estas expresiones la asociación metafórica se produce solo teniendo en cuenta las características que se desean resaltar del dominio fuente, el reposo como estado de relajación ante las diversas peripecias vitales. Otros rasgos consustanciales a dicho dominio, en cambio, quedan completamente excluidos para la designación eufemística de la muerte (Crespo Fernández 2014: 73): por ejemplo, el hecho de que para descansar hay que estar vivo.

3.2 Morir es viajar

En conexión con la red conceptual anterior, puesto que el fin del viaje/vida significa el descanso para el viajero/finado, MORIR ES VIAJAR se encontraría englobada dentro de la conceptualización eufemística LA MUERTE ES MOVIMIENTO (Bultnick 1998: 34-38), ya que relaciona el movimiento físico de un lugar a otro con el cambio de estado de vivo a muerto.

Pero, a diferencia de lo que ocurría en la conceptualización que entendía la muerte como descanso, MORIR ES VIAJAR presenta una ratio de extensión de mayor amplitud a causa del carácter general del dominio fuente. En otras palabras, el acto de viajar puede entenderse como un proceso que obedece a una orientación espacial, sobre todo en términos de verticalidad, y que comprende diversas fases (partida/camino/destino). Esto implica que dentro de la metáfora MORIR ES VIAJAR se encuentren subsumidas otras metáforas y metonimias como MORIR ES SUBIR o MORIR ES BAJAR y MORIR ES PARTIR o MORIR ES LLEGAR A UN DESTINO, que sugieren desplazamiento y suelen utilizarse con función eufemística o disfemística. *Grosso modo*, las diversas variantes de MORIR ES VIAJAR podrían incluirse dentro de dos grandes grupos cuyos límites a veces son muy difusos: por un lado, las asociaciones conceptuales que se centran en la dirección del movimiento; por otro, aquellas otras que ponen especial énfasis en la sucesión de etapas del desplazamiento.

Así pues, dentro del primer grupo, la muerte entendida como viaje se analizaría en un sentido vertical: abajo-arriba o, en menor medida, arriba-abajo. En el caso de MORIR ES SUBIR, la creencia del emplazamiento del Reino de Dios en la bóveda celeste generaría en la mente de los fieles una imagen positiva de la mortalidad. Esa fuerza mitigadora proveniente de la asociación conceptual arriba-bueno podría considerarse fruto de un proceso metonímico, en concreto de la parte por el todo, en el que la ascensión al cielo supone la última etapa del paso de la muerte a la otra vida: según la doctrina cristiana, previamente acontece el fallecimiento y la separación del alma del cuerpo. Por tanto, se asistiría a una relación de contigüidad PARTE DE LA ESCENA POR TODA LA ESCENA (Crespo Fernández 2014: 76-77), que deriva en un considerable

número de metáforas lingüísticas con el verbo *subir*, acompañado de complementos como *al cielo, al paraíso, a los luceros, a la gloria, a gozar de la presencia divina, etc.*, empleadas con una evidente función eufemística:

(7) [...] Despues de luchar duro contra el coronavirus mi madre subió al cielo hace 7 días en esta hora...

1251645613957054465 (19.4.2020)

Este ejemplo pondría de manifiesto cómo la ascensión a la región etérea viene motivada por un cambio de estado, es decir, el ser humano deja la tierra y sube el cielo cuando pasar de estar vivo a estar muerto. Desde un enfoque cognitivo, significaría la activación de tres metáforas primarias (LOS OBJETIVOS SON DESTINOS, UN CAMBIO DE ESTADO ES UN CAMBIO DE LUGAR y LOS ESTADOS SON LUGARES), cuya interrelación demuestra la complejidad que rodea a MORIR ES VIAJAR (Crespo Fernández 2014: 81). Asimismo, la conceptualización metafórica MORIR ES SUBIR da a entender que el fallecido todavía tiene la capacidad de realizar una última acción, su subida al cielo, de ahí que en cierto modo pueda considerársele “vivo”. Así lo prueba el empleo de metáforas con expresiones de movimiento del tipo *elevarse a los luceros, ascender a los cielos o volar a la mansión de los elegidos/a la Santa Mansión/al cielo*:

(8) Asi despide la clinica *** al dr ***, héroe que lucho contra el virus y ascendió a los cielos

1297973299633414145 (24.8.2020)

(9) Hoy voló al cielo una muy querida prima, murió de covid...

1348581101434974210 (11.1.2021)

Si el movimiento de ascenso encierra un valor puramente eufemístico, el descenso o bajada en líneas generales presentarían una fuerte carga negativa. Tal atribución de rasgos positivos o negativos según la ubicación espacial respondería, en esencia, a lo que Lakoff y Johnson denominaron como metáforas orientacionales: los esquemas de orden kinestésico en los que se organiza la experiencia permiten “corporeizar” realidades abstractas en términos de dimensión espacial. Así pues, del mismo modo que en los casos anteriores se producía una asociación arriba-bueno debido a la ubicación de la morada de Dios en el cielo, la relación abajo-malo radicaría en el carácter degradado de lo mundano en comparación con la sublimidad de lo espiritual y, sobre todo, en la convicción de que el infierno se halla bajo tierra. Buena muestra de esa carga peyorativa se encuentra en los siguientes ejemplos:

(10) El obispo de Mallorca se ha vacunado junto a los sacerdotes de una residencia y pide perdón. Que pida perdón a Dios, si es que lo perdona y no baja al Infierno...

1353987688605605888 (26.1.2021)

(11) En mi equipo covid como buen talechero de ortopedia me toca checar la saturación y a echarles a los que están apunto de morder el polvo una mezcla de cal y yeso...

1355558661922447360 (30.1.2021)

(12) ya veras tú cómo les importará cuando empiecen a caer como moscas con el covid, panda de descerebrados.

1347989435938435072 (9.1.2021)

Por otra parte, el segundo grupo, centrado en las etapas de desplazamiento, comprende las conceptualizaciones MORIR ES PARTIR y MORIR ES LLEGAR A UN DESTINO. En el primer caso, la muerte, según la dogmática cristiana, constituye el inicio del trayecto que emprende el finado hacia una nueva vida alejada del sufrimiento y los males terrenos. Se lleva a cabo entonces una asociación entre la muerte del individuo y la salida del viajero, resumida en la metonimia MORIR ES PARTIR, que a veces desatiende el lugar de destino y se focaliza únicamente en el punto de inicio del viaje al más allá, en el abandono o la marcha de este mundo. Dicha conceptualización se materializa léxicamente a través de expresiones empleadas con uso eufemístico del tipo *dejar/abandonar (este mundo/este valle de lágrimas)*, *partir/marcharse (de esta vida/de este mundo)*, etc.:

(13) Uno de los últimos conocidos fallecidos por Covid-19 tuvo que abandonar este mundo en la más triste de las soledades...

1354459066572136448 (27.1.2021)

(14) [...] Que horror y aún hay gente que piensa que el Covid es una broma. Hoy partió un compañero, un correligionario...

1370546392087822341 (13.3.2021)

(15) Siguen falleciendo pacientes por covid, ayer se marchó una mujer muy fuerte...

1362087067551948802 (17.2.2021)

Por su parte, MORIR ES LLEGAR UN DESTINO enfatizaría el final del camino vital, que, dependiendo del punto de vista adoptado, puede afrontarse de una u otra manera:

Así, desde una óptica cristiana, la conceptualización de la muerte como final posee un fuerte componente mitigador, pues el encuentro con Dios supone la aspiración última de todo creyente. Esta visión de lo fúnebre recordaría en cierta manera la idea de que la ascensión a los cielos es la última parada del viaje que comienza con el nacimiento del sujeto y culmina con la reunión con el Todopoderoso en su morada divina, donde iniciará una vida dichosa y sin turbaciones físicas o anímicas. Ello da lugar a todo un abanico de expresiones eufemísticas como *pasar a mejor vida/a la eterna mansión, arribar a la diestra de Dios Padre, partir al regazo del Señor, entrar en la inmortalidad/la luz perdurable*:

(16) Se me hace de muy mal gusto hacer burla respecto al covid, digo, por respeto a la gente que paso a mejor vida

1280692720424693763 (8.7.2020)

Pero también puede generar expresiones que se empleen con uso disfemístico como *irse al corral de los quietos/al otro barrio/al carajo*, donde se acentúa la carga negativa de lo mortuorio mediante el envilecimiento del destino al que parte el difunto:

(17) ¿No se suponía que con el calor el covid se iba? A este paso me voy yo antes al corral de los quietos que se va el virus.

1289698485520875520 (2.8.2020)

(18) [...] el conspiracionista covidota [...] fue a una fiesta COVID [...], se contagió y se fue al otro barrio...

1338160677303808002 (13.12.2020)

En cambio, desde una perspectiva más racional, la muerte no actúa como un engarce entre la desdicha terrenal y la bienaventuranza del paraíso, sino que se concibe como el punto con que se da por concluida la existencia del individuo. Ahora, pese a la ausencia de todo componente religioso, ello no quiere decir que la representación léxica de esta conceptualización se vea exenta de respeto, sino que incluso requeriría una mayor atenuación debido a la condición de no-retorno del viaje vital. Por tanto, no resulta extraño que el fallecimiento, además de considerarse el término de la vida (*perecer, finar, fenecer, extinguirse, acabar sus días, dejar de*

ser/existir/sufrir), se interprete como una falta, una desaparición o una despedida, englobando así otras metáforas y metonimias conceptuales como MORIR ES DESAPARECER O LA MUERTE ES UNA PÉRDIDA. De este modo, aparecen expresiones del tipo *dar/decir el último adiós, faltar (siempre), desaparecer*:

(19) Entre lágrimas y aplausos dieron el último adiós al doctor ***, quien murió a causa del COVID-19

1301289651148263424 (3.9.2020)

(20) Querido ***!!!! Dejas un vacío entre nosotros enorme, ahora nos faltarás siempre...

1357985425189658625 (6.2.2021)

3.3 Morir es experimentar una reacción corporal

Como hecho fisiológico, la muerte supone el efecto último del cese de las funciones vitales, cuya disminución provoca una serie de reacciones en el cuerpo del individuo en los últimos momentos de su vida e incluso después de fallecer. Por consiguiente, la conceptualización MORIR ES EXPERIMENTAR UNA REACCIÓN CORPORAL se construiría sobre una asociación metonímica, de efecto por la causa, en la que quedan subsumidas otras metonimias que recogen las respuestas dadas por las diferentes partes del cuerpo al fin del proceso homeostático.

A grandes rasgos, podrían distinguirse tres grandes grupos –reacciones oculares, respiratorias y provocadas por el *rigor mortis*– cuya manifestación lingüística posee generalmente un carácter disfemístico, aunque hay alguna que otra excepción (Montero Cartelle 1981: 128-129):

Por lo que respecta al primero de ellos, la identificación de la muerte con los estímulos que realizan los ojos en el momento supremo puede acentuar o atenuar la realidad fúnebre, dependiendo del instante de la reacción ocular que aparezca plasmado en el término o expresión sustituyente: de hecho, la visión de un difunto con los ojos en blanco suscita mayor sensación de horror que cuando los tiene completamente cerrados. Así, mientras que fórmulas como *poner/tornar los ojos en blanco* o *vidriar los ojos* intensifican la carga negativa de la muerte, otras como *cerrar los ojos (para siempre)* realizarían justamente el efecto contrario:

(21) Así le van a vidriar los ojos cuando se enferme y nadie le atiende por mierdero

1280330124739719168 (7.7.2020)

(22) Rompen el silencio familiares de puertorriqueño que falleció por coronavirus. "No poder decirle te amo, al frente, antes de que cierre los ojos para siempre"...

1242975811323518981 (26.3.2020)

La conceptualización MORIR ES EXPERIMENTAR UNA REACCIÓN RESPIRATORIA, por su parte, se sustenta en la noción de que el alma sale del cuerpo en el momento del deceso. De esta forma, mediante la liberación del ánimo del lastre corporal que le impide gozar de una vida plena, se aminora la negatividad que subyace a la muerte, tal y como manifiestan expresiones del tipo *expirar, exhalar el postrer/último suspiro o dar la última bocanada/boqueada*:

(23) [...] De acuerdo con lo informado, *** expiró a causa del COVID-19.

1354614971750096896 (28.1.2021)

(24) [...] Y lo peor muertes en soledad... lejos de sus seres queridos y sin ninguna cara conocida a su lado mientras dan el últimos suspiro...

1247368086073643008 (7.4.2020)

No obstante, en fórmulas como *echar el último resuello* u *olvidarse de respirar* la intención no es otra que designar grotescamente el hecho de la mortalidad:

(25) Si te pones así murió de un paro cardio respiratorio, se Olvido de respirar [...] La neumonía fue causada por el covid...

1352409294910730250 (22.1.2021)

La definición de la muerte por el efecto que causa el *rigor mortis* en diversas partes del cuerpo, asimismo, rebosa vulgaridad debido a lo grotesco que resulta la contemplación de la tirantez de los músculos del fallecido. Así, locuciones como *estirar la pata, quedarse patitieso/tieso/frito/fiambre* o *hincar el pico* tendrían un claro sabor disfemístico:

(26) Otro más que estiró la pata! Militar muere en #Lara por causa del COVID-19...

1294169943064416256 (14.8.2020)

(27) Aver si cojo el COVID 19 el ébola la malaria y me quedo tieso...

1326175380135407617 (10.11.2020)

3.4 Morir es dejar de realizar una actividad cotidiana

Además de las funciones vitales de nutrición, reproducción e interacción biológica con el medio, el ser humano lleva a cabo otras tareas de diversa índole que lo hacen diferenciarse del resto de seres vivos. Por tanto, en el momento de su defunción no solo se asiste a una suspensión definitiva de toda actividad vital, sino también social, de ahí que la contigüidad cognitiva entre la muerte y la inactividad se fundamente en una relación de efecto por la causa.

Una de las metáforas más recurrentes sería, sin duda, MORIR ES CALLAR, donde se produce una identificación entre la muerte y el silencio que normalmente raya en lo grotesco. Buena prueba de ello se encuentra en las fórmulas *no vivir para contarlo o no contarla*:

(28) Creo q el Covid lo mató antes d tiempo xq no vivió para contarlo...

1363621425698004994 (21.2.2021)

(29) Muchas personas me dicen que si me da covid, no la cuento...

1363131626482511874 (20.2.2021)

También de naturaleza disfemística son las expresiones que designan la muerte a través del cese de la nutrición como, por ejemplo, *doblar la servilleta o entregar la cuchara*:

(30) [...] Es síntoma de que saben que gran parte de esa gente va a doblar la servilleta.

1321536582353039365 (28.10.2020)

(31) La verdad, es que habrá quienes superen el Covid-19 [...] quienes no lo superen irán a donde al final vamos todos, a entregar la cuchara...

1305281419682480128 (14.9.2020)

Lo mismo ocurre con aquellas expresiones que se refieren a la esfera económica como *dejar de pagar impuestos/comprar tabaco* o a prescindir de calzado. Precisamente, dentro de estas últimas cabría mencionar *colgar los tenis*, exclusiva del mundo hispanoamericano:

(32) Recordemos si tienes enfermedad cronica mueres x eso no por covid, El covid solo te adelanta el proceso de colgar los tenis.

1330885887656333315 (23.11.2020)

3.5 Morir es apagarse una luz

La conceptualización MORIR ES APAGARSE UNA LUZ, que tiene su base en la correlación establecida entre la vida del ser humano y una vela encendida, podría considerarse una metáfora resultante de la primaria LA MUERTE ES OSCURIDAD. Se produciría, así pues, una identificación de la luz y la oscuridad con lo seguro y lo inseguro, respectivamente, que tiene su origen en el ámbito bíblico, donde se alza como uno de los medios para confrontar la bondad divina de Dios y la maldad diabólica que convierte a los hombres en pecadores (Crespo Fernández 2014: 105).

Sin embargo, tal asociación cognitiva no pertenece en exclusiva al cristianismo, sino que también puede apreciarse en culturas orientales. Así, en mandarín la metáfora MORIR ES APAGARSE UNA LUZ presenta un grado de elaboración conceptual mayor que en español, tal y como ponen de relieve términos como *chuīdēng* ('soplar la luz') o *xīnjìn huǒmiè* ('consumirse la leña'), donde se experimenta una expansión metonímica del tipo CONDICIÓN POR RESULTADO (Zhou 2018: 234).

Por su parte, en español esta conceptualización, aunque sea más simple que en chino, resulta más productiva en su manifestación lingüística, pues genera toda una sarta de expresiones que coinciden todas ellas en cumplir una función eufemística. Tal es el caso, por ejemplo, de los verbos *apagarse*, que bien puede aparecer solo o acompañado de elementos metonímicos como *la voz* y *los ojos*, o *consumirse*:

(33) Hoy se ha ido. Un confinamiento mortal, un retraso en el diagnóstico a cuenta del COVID y se apagó a los 57 años...

1337834442430230528 (12.12.2020)

(34) [...] La voz del último cantor tradicional indígena maleku se apagó por la COVID-19...

1353850585397809152 (26.1.2021)

(35) [...] Se cuidó pero el virus lo alcanzo y en 5 días lo consumió...

1370861334334746624 (13.3.2021)

4. CONCLUSIONES

A lo largo de estas páginas se ha pretendido llevar a cabo un estudio del modo en que los usuarios de *Twitter*, con motivo de la pandemia del covid-19, mitigan o refuerzan lingüísticamente la carga negativa que posee la muerte por medio de procesos eufemísticos o disfemísticos, fenómenos que han sido catalogados tradicionalmente como extralingüísticos o lingüísticos. Sin embargo, estos enfoques, que han realizado valiosas aportaciones para conocer el funcionamiento de tales

fenómenos, presentaban en ciertos puntos algunas carencias. Por dicha razón, se apostó por seguir un modelo pragmático-cognitivo que, sin desdeñar las contribuciones ofrecidas desde otras ópticas, permitiera mirar con otros ojos el eufemismo y el disfemismo y, a su vez, ofrecer una alternativa a los modelos tradicionales de análisis del léxico.

Como se ha podido observar, ciertas redes conceptuales como MORIR ES DESCANSAR que hunden sus raíces en el cristianismo tienden a asociarse a fines eufemísticos (disminuir el temor a la muerte, servir de consuelo a los allegados...), mientras que otras, vinculadas a aspectos más mundanos como MORIR ES EXPERIMENTAR UNA REACCIÓN CORPORAL, suelen caracterizarse por desprestigiar el acto de fallecer. Sin embargo, también es cierto que dentro de tales redes conceptuales hay excepciones: por ejemplo, en el caso de MORIR ES VIAJAR, principalmente eufemísticas, se utilizan expresiones como *irse al otro barrio* que distan mucho de mitigar el componente negativo de la defunción. Por tanto, según lo expuesto, resulta imprescindible considerar la relación que mantienen las formas léxicas con la imagen que producen ciertas realidades dentro del ideario colectivo, para poder determinar que expresiones poseen un carácter eufemístico o disfemístico. Asimismo, en este tipo de cuestiones el contexto de enunciación juega un papel fundamental, pues la preferencia de determinadas expresiones en unas circunstancias tan particulares como las que vivimos genera una serie de reacciones que van desde la camaradería hasta el insulto o el rechazo, aspectos que por sí solos hubieran dado pie perfectamente a otro trabajo más extenso.

Por último, este estudio, más que intentar aportar un grano de arena en el estudio del léxico fúnebre en España (Crespo Fernández 2008, 2010, 2014; Mellado Blanco, 2013; Ureña Tormo, 2020), busca ser un acicate para que dentro de la comunidad científica desaparezcan toda clase de prejuicios morales y sociales a la hora de tratar un tema *a priori* proscrito como la muerte y florezcan trabajos que, liberados de cualquier remilgo de pudor, aborden el problema rigurosamente. En este sentido, si se desprecia una de las parcelas léxicas más prolíficas del español como la analizada o el vocabulario erótico, se cae en un ejercicio de discriminación léxica y, por consiguiente, se ofrece una visión parcial de la lengua. Pues, al fin y al cabo, todas las palabras son iguales ante la ley lingüística (Casas Gómez, 1986: 10).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Allan, K. y Burrige, K. (1991). *Euphemism and Dysphemism. Language used as Shield and Weapon*. Nueva York-Oxford: Oxford University Press.

- Alonso Moya, M. (1988). *El eufemismo en inglés* [Tesis Doctoral, Universidad Complutense].
- Bruneau, C. (1952). Euphémie et euphémisme. En *Festgabe Ersnt Gamillscheg* (pp. 11-25). Tübingen: Mas Niemeyer Verlag.
- Bultnick, B. (1998). *Metaphors we Die By: Conceptualizations of Death in English and their Implications for the Theory of Metaphor*. Amberes: Universiteit Antwerpen.
- Carnoy, A. (1927). La diasémie appréciative (euphémisme et dysphémisme). En *La science du mot. Traité de sémantique* (pp. 337-356). Louvain: Universitas.
- Casas Gómez, M. (1986). *La interdicción lingüística: Mecanismos del eufemismo y disfemismo*. Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- Chamizo Domínguez, P. y Sánchez Benedito, F. (2000). *Lo que nunca se aprendió en clase. Eufemismos y disfemismos en el lenguaje erótico inglés*. Granada: Comares.
- Clavería, C. (1951). *Estudios sobre los gitanismos del español*. Madrid: CSIC.
- Crespo Fernández, E. (2007). *Eufemismo y disfemismo: Procesos de manipulación del tabú en el lenguaje literario inglés*. Alicante: Universidad de Alicante.
- Crespo Fernández, E. (2008). La conceptualización metafórica del eufemismo en epitafios. *Estudios Filológicos*. 43, 83-100.
- Crespo Fernández, E. (2010). La metáfora lingüística en epitafios del cementerio de Albacete. Un estudio cognitivo. En *Actas del IX Congreso Internacional de Lingüística General (21-23 de junio de 2010)* (pp. 594-610). Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Crespo Fernández, E. (2014). *El lenguaje de los epitafios*. Cuenca: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.
- Da Silva Correia, J. (1927). O eufemismo e o disfemismo na língua e na literatura portuguesa. En *Arquivo da Universidade de Lisboa* (pp. 445-787). Lisboa: Universidade de Lisboa.
- Freud, S. (1970). *Tótem y tabú*. Luis López de Ballesteros (Trad.). Madrid: Alianza.
- Grimes, L.M. (1978). *El tabú lingüístico en México: El lenguaje erótico de los mexicanos*. Nueva York: Bilingual Press.
- Howard, P. (1986). Euphemisms. En *The State of the Language: English Observed* (pp. 100-118). Londres: Penguin.

- Lakoff, G. (1993). The Contemporary Theory of Metaphor. En A. Ortony (Ed.), *Metaphor and Thought* (pp. 202-251). Cambridge: Cambridge University Press.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (2004). *Metáforas de la vida cotidiana*. Carmen González Marín (Trad.). Madrid: Cátedra.
- Lázaro Carreter, F. (1974). *Diccionario de términos filológicos*. Madrid: Gredos.
- Mellado Blanco, C. (2013). El campo conceptual TOD/MUERTE en alemán y español: eufemismos y disfemismo. *Revista de Filología Alemana*, 21, 105-125.
- Montero Cartelle, E. (1981). *El eufemismo en Galicia (Su comparación con otras áreas romances)*. Santiago de Compostela: Secretariado de Publicacións da Universidade de Santiago.
- Munteano, B. (1953). Les implications esthétiques de l'euphémisme en France au XVIII^e siècle. En *CAIEF* (pp. 153-166). Le Kremlin-Bicêtre: AIEF.
- Nyrop, K. (1979). Euphémismes. En *Grammaire historique de la langue française* (pp. 257-321). Ginebra: Slatkin Reprints.
- Senabre, R. (1971). El eufemismo como fenómeno lingüístico. *BRAE*. 51, 175-189.
- Ullmann, S. (1976). *Semántica: introducción a la ciencia del significado*. Juan Martín Ruiz-Werner (Trad.). Madrid: Aguilar.
- Ureña Tormo, C. (2020). Metáfora y metonimia como mecanismos de creación de las locuciones verbales eufemísticas y disfemísticas. *RIULL*. 41, 233-252.
- Zhou, J. (2018). *Estudio cognitivo de la metáfora y metonimia del eufemismo lingüístico de "morir" en chino: análisis contrastivo y su aplicación en ELE* [Tesis Doctoral: Universidad Complutense].